

cambio encantó á cuantos antes huían de ella, y aunque no tuvo á su alrededor la corte de necios que antes la asediaban, escuchó las frases más halagüeñas de simpatía de labios que podían enorgullecerla.

Un honrado joven que la había amado de veras y que se retiró no atreviéndose á cargar con aquella frívola mujer enamorada de sí misma, la encontró tal como él la quería con el cambio de hermosura por virtudes, y la hizo su esposa.

Blanca gozó en su matrimonio de cuanta dicha es dado alcanzar en este mundo, y solía decir sonriendo:

— ¡He comprado la felicidad con mi belleza! ¡Dichoso el día que la perdí! Con mi ejemplo haré ver á mis hijas que no es la hermosura la primera cualidad de la mujer, sino un adorno secundario, y que la vanidad es una de las peores enfermedades del alma.



Pablo escondió la cabeza entre sus manos...

JUSTICIA DE DIOS

I

En una extensa llanura, rodeado de lozana y vigorosa vegetación, adornado por infinitas huertas que dan riquísimos frutos y por innumerables jardines poblados de encantadoras flores en cuyos cálices perfumados parece palpitar el espíritu divino del Creador del mundo, y bañado por un río poderoso que con su continuo movimiento besa cariñoso la tierra,

existe un pueblo delicioso, creado por la mano de Dios en tan bella situación para que, al contemplar sus habitantes aquel hermoso panorama, se sientan embargados por la admiración y comprendan en toda su grandeza el inmenso poder del augusto Redentor del hombre.

Este pueblo es el de C... Sus blancas casas extendidas á lo largo del río hacen el efecto de una bandada de palomas que ansiosas acudieran á humedecer sus picos en la cristalina corriente; su cielo es aún más despejado, más puro que el del resto de España; el aire lleva constantemente entre sus pliegues el embriagador perfume de una eterna primavera, y cual si su suelo tuviera por Dios concedido privilegio, sus árboles son más seculares, sus flores son más bellas, sus mujeres más hermosas y sus hombres más gallardos.

Al frente del pueblo se extiende, según ya hemos dicho, una perspectiva magnífica: á sus pies, lamiendo casi sus casas, las ondas de un gran río que mansamente descansa, como el gigante que recostado se repone de sus fatigas para alzarse luego fuerte y enérgico; más lejos, un inmenso campo que cultivado por la mano del hombre presenta mil cuadros diferentes, admirando al espectador al par que demuestran la rica fertilidad del terreno; más allá se ven en formas caprichosas las blancas agrupaciones de casas que constituyen varios pueblos, y á mayor distancia, en los límites del horizonte, se descubre la gentil silueta de las torres de una gran ciudad.

A la espalda del pueblo lucen sus gallardas construcciones infinitas fincas de recreo, con bosques, prados, grutas, fuentes, espléndidas cascadas y cuanto puede hacer bella la vida en estas campestres viviendas; y guardando tales maravillas, cual un pastor cariñoso que por su rebaño vela, se alza una alta montaña coronada de blanca nieve todo el año, como si Dios hubiera dispuesto que ostentara siempre en su cúspide aquella nítida corona, sublime atributo de su soberbia grandeza.

Tal es, lectora, el pueblo de C... Entre sus habitantes había no hace mucho dos seres desdichados que atrajeron toda nuestra atención: un hombre y una mujer. Él era un pobre loco, diversión de los chicos, pero querido en general por inofensivo; su locura consistía en creer á todas las mujeres la que él amó en otro tiempo y apostrofarlas con la energía del que ha perdido la razón. La que era objeto del ataque del loco huía y entonces lloraba él con desconsuelo su impotencia. El loco, aunque ya no joven, conservaba señales de una pasada hermosura, no tenía familia y vagaba constantemente por el pueblo sin objeto fijo.

El otro desdichado ser de que hemos hablado antes era una infeliz mendiga, de espantoso aspecto, de rostro repulsivo y hasta asqueroso, terror de los niños y de las mujeres, las cuales se apartaban de ella temiendo les pegara su fealdad. Y sin embargo, había sido la más hermosa del pueblo; también ella se retiraba en otro tiempo evitando el roce de las demás:

era encantadora, y la vanidad que tenía en su hermosura la hacía alejarse siempre como la reina de sus vasallos. Tal es el mundo; la que unos años antes miraba á las muchachas del pueblo, sus compañeras, con insultante desdén, se veía á su vez despreciada, y ella, que había sido tan envidiada, envidiaba la hermosura de las otras, la hermosura que en tan subido grado había poseído. La orgullosa beldad que no pensó nunca en tender su mano al necesitado, tuvo que mendigar, y sin la caridad de algunas buenas almas seguramente hubiera muerto de necesidad.

¿Cómo se verificó cambio tan radical? Pronto lo sabremos. La historia del loco y la de la mendiga estaban íntimamente ligadas, mejor dicho, formaban una sola. Si quieres, lectora, conocerla, escucha.

II

Pilar Flores era hija única de un rico hacendado del pueblo; cuando se encontraba en los primeros años de su vida y la mirada de la inocencia brillaba en sus hermosos ojos, tenía un compañero de sus infantiles juegos: éste era encantador como ella, y los padres de una y otro decían viéndolos siempre juntos: «¡Qué linda pareja harán!»

Los niños crecieron en tan amistosa unión, y al fin, después de algunos años, el cariño de la infancia se convirtió en amor. Pablo, que así se llamaba el joven, la amó con delirio; ella lo quiso cuanto la permitía su

ya naciente vanidad. Transcurrieron muchos meses en plácida calma, meses de inagotable felicidad para Pablo, que veía en Pilar su dicha presente y futura, su sola aspiración; mas ¡ay!, poco duró su ventura; un brusco cambio de su amada clavó en su corazón la espina del dolor y en su alma el puñal del desengaño.

El cambio á que nos referimos tuvo lugar cuando Pilar acabó de pasar ese estrecho puente que separa á la infancia de la juventud, cuando dejó de ser niña para convertirse por completo en mujer, y fué hijo de la comparación que hizo de sus encantos, á la sazón desarrollados en todo su esplendor, con los méritos de su futuro que le pareció muy pequeño para llegar á ser su marido. En honor de la verdad debemos decir que Pilar no se engañaba al creerse un prodigio de belleza, porque debía á la naturaleza una hermosura regia, magnífica. Sus negros ojos tenían en continua agitación á los mozos del pueblo y en constante irritación á las muchachas; su talle era esbelto como la al-tiva palmera que en el desierto alza sus verdes ramas; sus labios, del rojo color del coral; sus frescas mejillas ostentaban el bello matiz de la camelia; su frente era de nácar, espléndidos sus cabellos de azabache, diminutos como los de un niño sus piececitos, su nariz aguileña cual la de un perfil romano, y su sonrisa hubiera sido deliciosa sin una marcada expresión de orgullo, altivez y dureza. Tal era aquel tipo hechicero en detalle, de soberbia hermosura en conjunto, y

digno siempre de servir de modelo al más inspirado pincel.

Pero ¡ay! ¿De qué sirve la hermosura material si no va acompañada de la del alma? ¿De qué las líneas correctas del rostro si no están embellecidas por las cualidades morales? Pilar, que hubiera sido feliz si hubiese sabido resistir á la lisonja y tenido recto juicio para distinguir la verdadera de la falsa dicha, se dejó adormecer por el aroma de la adulación, y embriagada por las palabras de sus innumerables adoradores, se proclamó ella misma sin rival y sin segunda en encantos físicos; y al medir á su amante, al pensar en los proyectos de las dos familias, en el enlace por ella aprobado desde largo tiempo, sus cejas se fruncieron al par que exclamaba:

— Yo no debo casarme con un campesino cualquiera; sería absurdo, sería abdicar la soberanía de la hermosura. Necesito un marido que me saque de este estrecho círculo, que me lleve adonde pueda brillar y tenga una corte. Entretanto me divertiré con los del pueblo.

Desde el día que esto pensó, Pilar varió; su amante la encontró siempre fría, desdeñosa; jamás oía de sus labios una frase de cariño, y deseando salir de situación tan anómala, la notificó temblando de temor que iba á pedir su mano para que cesaran las veleidades que tanto le hacían sufrir. Ella le escuchó sorprendida, y cuando acabó de hablar soltó una insultante carcajada.

— ¡Ah! — dijo sin cesar de reír. — ¿Tú creías ser mi marido? ¡Qué locura! ¿No has visto mi indiferencia? Yo no debo encerrar mi belleza en la obscura sociedad de este pueblo; me siento orgullosa de mi hermosura y sólo elevaré hasta ella al hombre que la merezca.

Las palabras de la altiva joven fueron un rayo para Pablo.

— ¡Dios mío! — exclamó. — ¿Puede ser cierto lo que oigo? ¿No me juraste amarme siempre? ¿No nos hemos querido hasta ahora con sin igual ternura?

— Cuando éramos niños, te quería... Después...

— Después... ¿He descendido yo acaso? ¿He variado? ¿No te amo más que nunca?

— Así lo creo; pero antes no tenía conciencia de mi mérito y ahora sí.

Una sonrisa de desprecio vagó por los labios de Pablo.

— Repara, desgraciada — murmuró, — que esa hermosura que causa tu orgullo es deleznable y pasa veloz como la estrella que cruza el firmamento.

— Soy joven y no debo pensar en eso.

— ¿Me desprecias, pues?

— Te despido sencillamente.

Pablo escondió la cabeza entre sus manos y quedó algunos instantes sumido en sombría y dolorosa meditación. Después alzó su descompuesto rostro, brillaron sus ojos con el fuego de la fiebre y preguntó, afectando una extraña mezcla de cólera y ansiedad:

— Si yo alcanzara una posición envidiable, si llegara á conquistar gloria y honores y lo pusiera todo á tus pies, ¿lo aceptarías? ¿Me amarías entonces?

Pilar miró á Pablo con curiosidad: se le presentaba bajo una nueva faz, y expresó su admiración diciendo:

— Hoy eres tal como te he deseado, hoy llegas á mi altura y te muestras digno de ser hombre. Gracias, Pablo.

— Pero contesta á mi pregunta. ¿Me amarías y serías mi esposa si te elevara á la esfera donde tu hermosura desea brillar?

— ¡Oh! Te amaría con toda la fuerza de la entusiasta admiración y el extremo de la gratitud más ardiente. Te daría mi mano, loca de ventura, por entrar en ese mundo ambicionado, del brazo del único hombre que ha hecho latir mi corazón.

— Serás entonces mi esposa, si no muero en la demanda. Por ti voy á hacer una mala acción; por ti voy á dejar á mi anciana madre y á abandonar mi casa, mis intereses, cuanto me es caro. ¿Juras esperar mi vuelta, serme fiel durante mi ausencia y no dar tu mano á otro mientras no tengas noticias ciertas de mi muerte?

— Lo juro.

— Creo en tu juramento y partiré tranquilo. Adiós, Pilar, hasta muy pronto ó hasta el cielo. No olvides que por tu amor comprometo mi porvenir y olvido mis deberes.

— Pediré á Dios todos los días tu pronto regreso.

Se separaron graves y tranquilos al parecer, aunque ella quedó ebria de alegría, acariciando la idea de que al fin vería satisfecho su ardiente deseo, y él se alejaba lleno de dolor pensando en lo que iba á hacer y meditando que la soberbia hermosura de su amada sería la causa de todos sus males, pues sin ella la joven se hubiera dado por satisfecha con ser la esposa del rico labrador y hubieran gozado los encantos de una vida tranquila y un amor mutuo y sin nubes.

III

Al día siguiente Pablo había desaparecido del pueblo: huyó de su casa como un prófugo, sin ver antes á su madre ni hablar á nadie una palabra de sus proyectos, dejando sólo una carta de despedida y llevando por único equipaje un pañuelo con alguna ropa. Aquel día no se habló en el pueblo más que de la desaparición de Pablo y del dolor de su madre: todo eran comentarios y conjeturas; al día siguiente se habló menos, y transcurridos algunos más, la atención pública se fijó en sucesos más recientes y el que nos ocupa cayó en la bruma del olvido.

No tardaron mucho en llegar al pueblo dos cartas del prófugo, una dirigida á Pilar y otra á su anciana madre; en ellas explicaba que había entrado á formar parte de las filas cristinas, ó sea del ejército de la reina niña doña Isabel II.